





# ÚLTIMO DISFRAZ

Leilac Leamas





© 2025 OCTÁVIO VIANA | SILENT PEN ®  
**ÚLTIMO DISFRAZ**

Publicado en EE. UU. y UE  
Primera impresión 2025 (1.ª Edición)  
Referencia Interna SP2025.03 | 28.04.2025 | 22:43  
silentpenltd@gmail.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo y por escrito del editor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas críticas y algunos otros usos no comerciales permitidos por la ley.



*A los Don Pablos de este mundo  
a los que se niegan a doblar la espalda,  
incluso con el cuchillo en el vientre.*

*A las Francescas  
que muerden la sangre y escupen fuego,  
aunque les tiemblen las muñecas.*

*A las Mariangelas  
que se rompen por dentro y regresan por voluntad,  
porque solo ahí habita la libertad del amor.*



# Prólogo

Llovió toda la noche. No una lluvia decente, frontal, sino una especie de respiración húmeda que se colaba por las rendijas del balcón y me irritaba los huesos. La piedra aún gotea. Y yo, sin sueño, sin remordimiento, solo con esa inquietud mansa de quien no sabe si sobrevivió a la noche o apenas no murió lo suficiente.

Ayer, en la mesa, el silencio era más denso que el vino. Francesca habló poco. Sus ojos, siempre medio nublados, escudriñaban algo en mí como si buscaran una falla, un temblor, o una respuesta que nunca prometí dar. Me dijo que volvía hoy. O quizá no dijo nada. Ya no distingo lo que se dice de lo que se desea que se hubiera dicho.

Mariangela no apareció. Ni un mensaje. Ni una ausencia explícita. Solo su vacío —ese siempre sabe llegar, puntual, casi elegante. Su ausencia tiene olor. Un perfume seco, con notas de ironía y albahaca— un rastro que me arrincona con lo que nunca supe ser.

Salí antes de que amaneciera. Llevé el abrigo marrón, el de las noches frías en Ferrara, ese que ella una vez me arrancó en el pasillo de un hotel sin nombre. Hacía calor, pero lo necesitaba. Era como si la tela supiera cosas que la piel ya olvidó.

Me senté en la roca donde el mar golpea torcido, al final de la vieja escalinata. Oí a las gaviotas mentirme al cielo y sentí la sal en los tobillos, como quien recibe patadas de una infancia que se perdió entre aeropuertos. Tenía el papel en el bolsillo. La carta que le escribí y no tuve valor de enviar. Estúpida. Bella. Cruel.

“Si vienes, tengo vino y mi silencio entero. Si no vienes, que el vino me calle. Francesca tiene la noche, tú tienes la duda. Elige. O déjame caer.”

Lancé el papel al mar dentro de un frasco. Un gesto de postal ilustrada, lo sé. Pero lo necesitaba. Necesitaba fingir que aún había destino, corriente... azar. Que algo me llevaría de vuelta a mí mismo. Después oí el sonido de un coche subiendo: un motor antiguo; un olor a diésel; y la tierra mojada pegada a las ruedas. No me giré. Aprendí que lo que viene, siempre viene cuando ya no esperamos. O cuando ya no importa.

Hoy lo sé: no hay más disfraces. Solo quedan los restos. El cuerpo, la memoria y el cansancio. El nombre Leilac, ya no me protege. Ya todos saben quién soy. Dejé que lo supieran, abogados, jueces, espías, amantes... todos.

Quizá el último disfraz sea escribir.  
O mentir que aún sé amar.

# 1

## *El Peso de los Ladrillos de Don Pablo*

Scopello, 18 de abril de 2025

**D**on Pablo iba arrastrado. Literalmente. Sus pies, que ya habían bailado en las bolsas como quien pisa uvas para vino viejo, ahora se arrastraban como ladrillos pesados en el barro de la Vinagra. Se veían las marcas en el polvo, como surcos de un buey cansado. A veces, pateaba gallinas. Otras veces, perros callejeros. Pero era más rabia de sí mismo que de los bichos —eso yo lo sabía. Porque yo también la sentía. La diferencia era que él ya no la ocultaba. Yo aún intentaba disimular con frases cortas y caminatas largas.

Lo que le ardía no era solo el dinero. Fue más de un millón, sí. Pero eso, para Don Pablo, era como perder un diente de oro en un río: te zambulles, rebuscas, y vuelves con otro —o con dos. No era el dinero. Era la puta injusticia. La estafa. Haber creído en alguien —uno de esos hijos de puta de traje de raya diplomática a medida, pelo engominado hacia atrás con aceite de atún y discurso de embaucador— y haber sido traicionado desde la primera conversación. Eso fue lo que lo jodió. La confianza como alambre de espino alrededor del cuello aún le impedía tragar el resultado —y a mí también.

Y yo... yo no logré protegerlo. Eso me carcome. Porque lo intenté. Di vueltas. Hice llamadas a horas indebidas. Jugué dentro de las reglas, que es como intentar domar un oso con palabras dulces.

Para salvarlo, habría tenido que saltar la cerca. Entrar y reventarlo todo por dentro. Meterme donde no debía. Romper códigos y violar firewalls humanas y jurídicas. Desconectar personas con la misma frialdad con la que se apagan máquinas. Sacrificar el último hilo de legalidad que aún me quedaba.

Pero dudé. Y en esa duda, él ardió.

No lo hice. Y ahora me pregunto si fallé por prudencia o por cobardía.

Mariangela no apareció. Eso no ayudó. Ni un mensaje, ni un ruido en la noche. Me quedé con el vino servido, la vela encendida y la cara de quien espera un milagro en una tasca abandonada. Su ausencia se pegó a lo que yo ya cargaba de Don Pablo y juntos formaron una pasta densa, agridulce, que me tapó el estómago.

Me salvó estar en Scopello.

Porque aquí, incluso el fracaso suena a mar.

Y eso, de algún modo, todavía me recuerda que estoy vivo.

El teléfono sonó con ese tono seco, retro, casi insultante, que siempre me agarra a mitad de un pensamiento. En esos dos segundos antes de ver el nombre en la pantalla, deseé que fuera ella, Mariangela. No con explicaciones, de esas ya estoy hartado, sino con un gesto simple, firme y concreto: “Atrasada. Llegué. Estoy en casa, en Scopello. Abrí un vino para respirar. Ven.”

Esa imagen —ella con el pelo suelto y descuidado, la botella sobre la mesa de madera maciza y la mirada de quien sabe que volver es más difícil que irse— era mi único pedido no escrito al universo.

Pero no era ella.

Era Francesca.

Contesté con ese tono medio tragado, entre la esperanza rota y la cortesía automática.

— “*Vieni a pranzo. Voglio che conosca una persona,*” dijo ella, sin rodeos.

No era una invitación. Era una convocatoria. Francesca no invita, ella decide. Y quien no aparece, es leído como desertor.

No pregunté quién. Pero lo imaginé. Quizá era aquel tipo, el siciliano emigrado en América, que huyó de las locuras de Trump y volvió para cultivar tomates y repartir sarcasmo por los bares de Palermo. Tenía pinta, por lo que contaba Francesca, de quien ya sobrevivió a tres golpes de Estado y dos matrimonios mal paridos.

Por supuesto que iría.

¿Qué otra mierda podía hacer? ¿Quedarme allí rumiando la ausencia de Mariangela, imaginando diálogos que nunca existieron, o reescribiendo la carta que nunca envié?

Las vacaciones judiciales estaban por terminar, sí. Pero por obra de la absurda telaraña de feriados nacionales, el 25 de abril, día en que Portugal se pone claveles en los hombros y finge que aún cree en la libertad, me ofrecía un pequeño milagro: unos días más de suspensión, un poco más de nada antes de que el mundo vuelva a juzgarme.

Respiré hondo, miré al mar con ese aire de quien sabe que va, pero no espera nada.

Entendí que el mundo no me debía nada. Pero la justicia, esa, seguía debiéndome al Don Pablo.

Y yo aún no he decidido si voy a cobrar con recibo o con pólvora.

Me puse la camisa de lino gris —esa que Mariangela detestaba— y salí con el paso de quien ya ha perdido más de lo que quiere confesar, y fui.

Porque, a veces, la única forma de no hundirse es caminar hacia el próximo absurdo.



## 2

### *Almuerzo con Francesca*

Palermo, 18 de abril de 2025.

El jardín se escondía detrás de un portón de hierro forjado, retorcido como el pensamiento en víspera de traición. La entrada era discreta: un escalón rajado, dos bugambilias en guerra con la pared y el olor imposible del tomillo quemado. Dentro, el tiempo tenía dientes. No devoraba, roía, escupía y lamía las sobras. La Osteria dei Vespri era una boca vieja, sofisticada por fuera y con encías de fiera domada por dentro. No hablaba, rumiaba. Era un lugar civilizado solo en la superficie. Dos mesas ocupadas. Tres camareros en modo espectral. Y una luz de final de abril que se apoyaba en los objetos como quien pide perdón por haber nacido bonita y avergonzada de su propia transparencia. Era una luz que no quería ser notada, pero que revelaba todo, desde la uña gastada de la silla del rincón, hasta la mancha de vino que alguien intentó olvidar en una servilleta de tela doblada con rabia.

Francesca ya estaba sentada. Pierna cruzada con ese tedio performativo que siempre usaba cuando quería parecer ausente. El cigarro apagado entre los dedos —solo la ceniza aún viva.

— “Llegas tarde.”

— “El mundo no se acaba a la hora que te apetece,” le dije, sentándome sin prisa.

Ella no sonrió. Levantó el mentón. Y fue ahí cuando vi al hombre.

Tancredi Lo Presti.

Estaba de pie, apoyado en la columna como si fuera parte de la estructura del restaurante. Alto. Osamenta afilada, como si el cráneo quisiera perforar el mundo. Piel quemada de sol y de pena. Una chaqueta de lino beige, arrugada como las almas que han cruzado demasiadas fronteras. Y unos ojos —mierda, los ojos— como si alguien hubiera lanzado dos piedras de lava al mar y hubieran aprendido a mirar.

— “Este es Leilac,” dijo Francesca, sin mirarme. “El hombre del que te hablé.”

Tancredi no extendió la mano. Hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza, como si aceptara mi existencia, pero no mi presencia.

— “Y tú eres el siciliano que habla con californianos.” —Le señalé la silla. — “Siéntate. Francesca solo invita a monstruos o aliados. Todavía no he decidido cuál eres.”

Él se sentó. De lado. Como quien quiere estar listo para levantarse en cualquier momento. El camarero se acercó. Francesca pidió un Passo del Lupo, Nero d’Avola, sin consultar a nadie. Su arrogancia era la de siempre, pero adorable. Ella elegía el vino como quien escoge un campo de batalla.

— “Francesca me contó lo suficiente para que viniera,” dijo Tancredi, finalmente. Su voz era grave, pero con una especie de arena en los intervalos. “Pero no lo suficiente para que confíe.”

— “Ni yo confío,” respondí. “Pero estoy aquí.”

Silencio.

Llegó el vino. Llegó el pan. Llegaron las miradas. Nadie tocó nada.

— “El algoritmo de X, el antiguo Twitter, ya no responde al código. Hay piezas sueltas, entropías en el sistema. Tu amiga aquí tiene experiencia infiltrándose en laberintos.” —Señaló a Francesca con el mentón. — “Y yo tengo el mapa.”

Francesca levantó la copa. Bebió como quien sella un pacto. Luego se recostó en la silla, dejó que el sol le dibujara el perfil y habló.

— “Él tiene documentos. Parte de ellos vinieron de Oakland. El resto está en una cloud oscura usada hace años. Si lo que dice es verdad, X está siendo manipulado desde dentro.”

— “Ya veo,” murmuré.

Tancredi se inclinó hacia adelante. El rostro ahora a un palmo del mío. Olía a limón viejo y pólvora dormida.

— “Tú quieres justicia, dinero y quizá una ayuda para atacar a Ambezzo. Yo quiero revancha. Francesca quiere sobrevivir. Si juntamos los tres deseos, quizá logremos un buen destrozo.”

El camarero trajo el antipasto — pecorino siciliano, jamón y alcachofas en conserva casera. El queso era duro, como la mirada de Tancredi. Francesca cortó un trozo y me lo ofreció con los dedos, no con el tenedor. Rechacé. Tancredi aceptó y le lamió los dedos sin pedir permiso.

Había códigos en juego allí. Y ninguno era de etiqueta.

— “¿Cuál es tu precio?” me preguntó.

— “¿Mi precio? No tengo precio.”

Él sonrió. O casi. Una sonrisa con los dientes aún cerrados, como quien no abre portones antes de oír el trueno.

— “Todos tienen un precio.”

Bebió. Luego se limpió la boca con la servilleta de tela como quien borra una respuesta.

Francesca no reaccionó. Ni una ceja. Nada. Solo cambió de posición, cruzando las piernas al revés.

— “El mío es no tener a nadie mandando sobre mí. Solo eso,” respondí, sin muchas consideraciones.

Tancredi se mordió una esquina del labio. No intentaba intimidar. Estaba midiendo.

— “No quiero mandar sobre ti.”

— “Perfecto. Habla claro.”

— “Quiero que me ayudes a destruir X. Nada más.”

— “Dime cómo.”

Él tomó la servilleta, se limpió la boca. Luego habló con una frialdad calculada.

— “Tengo acceso a documentos internos. E-mail corporativo, logs de moderación, scripts que nunca debieron usarse, muchas cosas. Vienen de dentro. De un ex-empleado en Oakland.”

— “¿Los tienes en tu poder?”

— “Están en una cloud privada. Encriptada. Te doy acceso. Solo lectura.”

— “Confío en las clouds tanto como en ministros de finanzas.”

— “No quiero que confíes. Quiero que leas. Vas a entender enseguida lo que tienes entre manos.”

Francesca dejó la copa. No estaba allí para embellecer nada.

— “El material es sólido. No es basura conspiranoica. Es técnico. Y está organizado. Conexiones directas a moderadores pagados, manipulación de trends, interferencia en la UE. Especialmente en campañas medioambientales.”

— “¿Lo comprueba?”

— “Sí. Nombres, fechas, pagos. Algunos en criptomonedas. Todo ahí.”

— “¿Qué quieres de mí, exactamente?”

— “Quiero que uses lo que tienes. Tienes acceso a equipos legales. A fundaciones, asociaciones, te llevas bien con la doctrina, conoces jueces, sobre todo en España. Tienes contactos en Bélgica. Te necesito para montar class actions, influir en eurodiputados y exponer esto como escándalo.”

— “¿Cuentas con el Tribunal de Justicia de la Unión Europea para juzgar una plataforma?”

— “Cuento con presión. Políticos con miedo, periodistas hambrientos y reguladores que no quieren parecer inútiles.”

— “¿Y crees que eso basta para tumbar X?”

— “No. Pero basta para debilitarlos. Para obligarlos a vender activos. Para hacerlos correr detrás de las pérdidas. Para que les caiga una multa millonaria de la Comisión Europea.”

— “¿Y después?”

— “Después es cosa tuya.”

Nos quedamos en silencio. Francesca miraba el plato como si todo aquello fuera normal.

— “Sabes que si hago esto, estoy dentro hasta el final.”

— “Eso espero.”

— “¿Y tu papel?”

— “Obtener datos. Cruzar fuentes. Pasarte todo. Desaparecer al final.”

## ÚLTIMO DISFARCE

— “¿Y tú, Francesca?”

Ella me miró sin dudar.

— “Yo me aseguro de que no nos entierren vivos en el proceso.”

— “¿Ustedes dos confían el uno en el otro?”

— “No,” dijo ella.

— “No,” dijo él.

Respiré hondo. Sabía lo que era aquello. Sabía lo que me iban a pedir después.

— “Necesito ver los documentos. Necesito hablar con los míos. Necesito garantías de que lo que voy a hacer no es un tiro a ciegas.”

— “Los recibirás hoy. A las 20h. Link temporal. Tres horas para verlo todo. Después desaparece.”

— “¿Y si es una trampa?”

— “Entonces es una trampa muy bien hecha.”

— “¿Y tú qué ganas con esto, Tancredi?”

— “Nada que se pueda comprar.”

— “¿Alguien te paga?”

— “No.”

— “¿Trabajas para quién?”

— “Para alguien. Alguien que quiere ver sangrar a X.”

Me levanté. Dejé cien euros sobre la mesa.

— “Si lo que dices es verdad, mañana empiezo.”

— “¿Y si no?”

— “No vuelves a oír hablar de mí.”

Salí sin mirar atrás.

La luz de Palermo golpeaba las paredes recordándome que aún era de día. El mundo estaba podrido. Pero al menos todavía había forma de abrir heridas correctas.

Salí y el sol me golpeó como una sentencia corta.

Palermo olía a... Palermo, con ese olor propio a piedra caliza y fruta podrida. Palermo siempre es más honesta en los días feos y malolientes. La belleza allí tenía polvo en las esquinas y eso me consolaba.

Las calles vibraban con el ruido de los coches viejos, con las voces de los viejos aún más viejos y con la prisa de los que nunca tuvieron tiempo para ser jóvenes. Caminé sin pensar en el camino. El cuerpo iba, lo demás no.

Crucé la calle, no con la prisa de quien quiere llegar a ningún sitio, sino porque no quiere quedarse allí.

Pensé en Mariangela. Otra vez. Es una plaga. No aparece. No avisa. No dice ni un carajo. Solo se disuelve despacio como una pastilla en el agua, dejando un sabor amargo y burbujas en el fondo del pecho.

Saqué el móvil. Nada.

¿Mensajes? Ninguno.

¿Llamé? No.

Nunca llamé a quien me deja hablando solo. Es una regla simple. Quizá estúpida.

Escuché pasos detrás de mí.

Francesca venía corriendo. Los tacones golpeaban el empedrado como si fuera una guerra.

— “Leilac.”

Me detuve. No me giré enseguida. Esperé a que se apoyara en mí con el cuerpo, no con palabras.

— “Necesito que pienses en esto,” dijo, jadeando.

— “Ya estoy pensando.”

— “No como operador. Como hombre.”

— “No sé si sigo siendo eso. ¿Qué quieres?”

— “Quiero esto. Este proyecto. Toda esta mierda.”

— “¿Por qué?”

Ella me agarró el brazo. Apretó. Las uñas cortas. Había rabia ahí.

— “Porque me estoy muriendo por dentro. Y tú sabes lo que es eso.”

— “Vete a Roma. Pide la reincorporación en la DIA. Te aceptan de vuelta. Tú misma me escribiste eso.”

— “No quiero. Roma está podrida. Y yo ya di todo lo que tenía que dar. Quiero trabajar como tú. Con mi gente. Sin uniforme. Sin dossiers oficiales.”

— “¿Y crees que esto es diferente?”

— “No. Pero al menos elijo. Al menos estoy viva. ¿Entiendes? Necesito estar viva. Necesito despertar y tener que decidir si miento o no. Si ayudo o jodo a alguien. Necesito eso. Necesito ensuciarme las manos otra vez.”